

actual "europeísmo" a la defensa de la Cristiandad que tocó la misión histórica de la Casa de Austria, y aun por la deriva que el actual movimiento Paneuropeo supone respecto de la trayectoria de su padre: piénsese en el CEDI, tan vinculado a la reciente historia española y del que tantas cosas podrían contar al alimón el archiduque Otto y el llorado Alfredo Sánchez Bella.

Luigi G. de Anna, por su parte, ofrece una aguda reflexión sobre la virtualidad actual de la específica misión confiada a las Órdenes de Caballería desde principios del siglo XII: "Tuitio fidei et obsequium pauperum". Desde luego que aquí se halla la llave de toda posible expansión del espíritu caballeresco y del consiguiente reverdecimiento de las instituciones en que encarnó. No parece, sin embargo, que, pese a esfuerzos meritorios como los del profesor de Anna —cuyo valor por lo mismo acrece—, por el momento, se vaya más allá de algunos lugares comunes más o menos bañados de *wishful thinking*. Quizá la Caballería se haya escapado por entre los piadosos deseos de una excesiva instalación en el mundo y su espíritu. Quizá, por ello, sólo pueda renacer del rigor en el seguimiento de una vocación que hoy —convenientemente *aggiornada*— podría ser el servicio político del catolicismo más allá de partidos y gobiernos.

MIGUEL AYUSO

María Pinto Molina: LA MASONERÍA EN ALMERÍA A FINALES DEL SIGLO XIX (*)

La dedicación del jesuita Ferrer Benimeli ha conseguido que la Masonería española haya sido objeto de múltiples estudios que permiten conocerla mejor. El enfoque irenista y conciliador, cuando no hagiográfico, nos parece equivocado, pero lo cierto es que apenas debe quedar ya provincia española de la que no tengamos cumplida referencia de sus logias y masones.

(*) Universidad de Granada, Granada, 1990, 173 págs.

A estos afanes responde el librito de María Pinto Molina que prácticamente agota el tema de la masonería almeriense a finales del siglo XIX.

¿Qué consecuencia podemos sacar de su trabajo? A mi entender, una, que no es extrapolable a toda España pero sí a la mayoría de sus provincias. La masonería fue un movimiento de escasísima entidad, con escasísima implantación y más que exiguos resultados. La relación de las logias es una serie de fracasos continuados, de personas de escasísimo nivel social, en reducidísimo número. Casi es un inventario de la nada.

Y eso es todo. Que algún almeriense, de la capital o sus pueblos, quiera encontrar algún antepasado con el dudoso honor de haber pertenecido a la masonería no pasa de personalismos ultra-particularistas.

No restamos méritos a la labor investigadora, pero nos parece un trabajo bastante inútil salvo para constatar el escasísimo interés de la provincia de Almería por vincularse a las logias. El estudio de cualquier parroquia: sus miembros, bautizos, comuniones, matrimonios, entierros..., daría lugar a tomos y tomos, mientras que el de la masonería apenas supera el opúsculo. Lo que no deja de ser importante.

Sabemos ya quienes fueron los masones de Almería en esa época, sus profesiones, grados, logias y nombres simbólico. Sólo echamos de menos, porque de la nada poco se puede sacar, que tan laboriosa investigadora no agrupara los nombres simbólicos, pues ello nos podría dar una idea de las preferencias ideológicas de los afiliados. No vamos a hacer aquí el estudio que la autora no ha hecho. Solamente algunas indicaciones.

Proliferan los nombres de la mitología, lo que ya indica algo, y de la antigüedad clásica: Júpiter, Ceres, Vulcano, Marte, Arquímedes, Diógenes, Cicerón, Pompeyo, Pitágoras, Sócrates, César, Trajano..., algunos de ellos con claras resonancias filosóficas o científicas tan caras al masonismo. Otros nombres pertenecen a personajes de nuestra historia, algunos de catolicismo notorio: Viriato, Colón, Wamba, Pinzón, Asdrúbal, Pelayo, Quevedo, Cervantes, Velázquez, Méndez Núñez, Churruca, Gravina... Los hay que responden al nombre de virtudes, batallas, ciudades,

rios...: Paz, Guadalete, Fraternidad, Sincero, Caridad, Esperanza, Rhin, Constancia, Lealtad, Lepanto, Numancia...

Por último, y lo que nos parece más significativo, los hay que llevan nombres, y en elevado número, de personajes del liberalismo español o extranjero, con mayor o menor carga de anticatolicismo. Y no pocos de ellos con la máxima. Así, entre los casi 502 masones censados, algunos sin que se mencione su nombre simbólico, nos encontramos con 14 que eligieron el de Salmerón, cosa que en Almería es más explicable, 10 del de Prim, 7 el de Espartero, 6 el de Riego, 5 el de Garibaldi y Gambetta, 4 el de Ruiz Zorrilla, 3 el de Rousseau, Mendizábal y Torrijos, 2 el de Campomanes, el Empecinado, Víctor Hugo, Mirabeau, García Vao, Morayta, Sagasta, Argüelles, Barcía y Castelar, y 1 el de Giordano Bruno, Orsini, Sixto Cámara, Krause, Martínez de la Rosa, Olózaga, Dantón, Cavour, Juárez, Rivero, Sanz del Río, Orense, Pi y Margall, Zurbano, Calatrava, Víctor Manuel, Voltaire, Volney, Picrad, Villacampa, Quintana... ¿Es necesario algo más?

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

**Díaz Sánchez-Cid, José Ramón: EL SEMINARIO
CONCILIAR DE SAN ILDEFONSO DE TOLEDO.
CIEN AÑOS DE HISTORIA (1889-1989) (*)**

Un libro que da mucho más de lo que promete. El sacerdote toledano, ordenado en 1978, José Ramón Díaz Sánchez-Cid, escribe la historia del centro en que realizó sus estudios de preparación al sacerdocio y del que después sería profesor, con amor evidente y natural. Pero se engañaría quien creyera que estamos ante una monografía de puro interés local, y aun dentro de este reducido campo, circunscrita además al meramente religioso. No. El libro abarca mucho más y tiene notable importancia aunque haya que leer entre líneas no pocas de sus conclusiones más interesantes.

(*) Estudio Teológico de San Ildefonso, Seminario Conciliar, Toledo, 1991, 534 págs.